VII Enapol: El imperio de las imágenes

**DROGAS E IMÁGENES: LOS NUEVOS ADICTOS**

Integrantes: Viviana Berger, Paulina Zamora, Sergio Garroni, Aurora de Méndez, Beatriz Escalera López y Marcela Almanza (responsable)

La convocatoria nos llevó a plantear desde el inicio dos interrogantes centrales. ¿En qué sentido podríamos decir que hay algo novedoso en los adictos de hoy, a diferencia de aquellos adictos de otras épocas? ¿Cómo delimitar el estatuto de *lo nuevo* en nuestra época y qué papel juegan allí las imágenes?

J. Lacan decía que un psicoanalista tiene que ser capaz de estar a la altura de responder al malestar en la cultura de su época. Nuestra época evidentemente es muy diferente a la de Freud y la nombramos como la época del Otro que no existe por estar signada por la declinación de los ideales, atravesada por la incertidumbre, tomada por la lógica del capitalismo, por la producción infinita de bienes de consumo masivo y por el avance irrefrenable de la ciencia y de la tecnología. Nuestra época, entonces, es aquella que enmarca de manera muy especial las consultas actuales donde es bastante frecuente que la palabra *adicción* esté presente al intentar cernir de algún modo esas exigencias de goce que se le imponen al sujeto, y en las que muchas veces, la angustia que se suscita o la experiencia de algo del orden de lo siniestro, abren la oportunidad para un acercamiento al diván. En esa vía ¿qué caracteriza el modo en que hoy por hoy *cada consumidor* se sirve de *su droga*, aquella que conviene mejor a los fines de su satisfacción?

Pensamos, por ejemplo, en el contraste entre lo planteado por Freud en su clásico texto *El Malestar en la cultura* y lo que vislumbramos en nuestra época*.* Recordemos que allí Freud hablaba de los diferentes métodos de los que se valía el hombre para defenderse del sufrimiento: mediante la sublimación, el recurso a la fantasía, la religión, el delirio, el amor y mencionaba también –como un recurso más- el uso de narcóticos. Decía que “…con ayuda de los “quitapenas”, es posible sustraerse en cualquier momento de la presión de la realidad y refugiarse en un mundo propio que ofrece mejores condiciones de sensación. Es notorio que esa propiedad de los medios embriagadores determina justamente su carácter peligroso y dañino”[[1]](#footnote-1)

En este punto, la práctica analítica nos interroga pues pensamos por un lado, que el recurso a *las drogas* (múltiples, diversas y formando parte del mercado global) ya no constituye una práctica esporádica, marginal o solo perteneciente a algunos pocos. Por otro lado, creemos que lo que se constituye como droga para cada quien -frente a la descomunal oferta de productos actuales- es algo más que un “quitapenas”.

Más bien, tal como lo plantea Eric Laurent, la relación al exceso, *la sobredosis generalizada*, permea ampliamente la subjetividad contemporánea y aparece como un empuje al todo difícil de soslayar pues “…el sujeto prefiere su goce antes que su auto-conservación y el narcisismo no es una barrera contra la pulsión de muerte”.[[2]](#footnote-2)

¿Aplica, entonces, hablar de *nuevos* adictos en el sentido de una novedad en la estructura de la adicción misma o, más bien, lo novedoso es el tipo de objetos y que su disponibilidad es inmediata y masiva? Al fin y al cabo, toda esta lógica del mercado sirve a un amo que siempre ha estado allí, la pulsión de muerte.

Tomamos en cuenta, tal como lo planteaba Lacan, el ascenso al cénit del objeto *a* en nuestra civilización, que incide en los modos y tipos de objetos de consumo y a nivel del lazo social. Se despeja, entonces, un constante empuje a lo mortífero que no es sin consecuencias. Nos preguntamos cómo repercute ese nuevo orden simbólico en los consumos, cómo queda afectado lo imaginario. ¿Es esta la antesala de los “nuevos adictos”?

Si bien hay un empuje de la época al “todos consumidores”, a su vez se percibe que hay diferentes tipos y maneras de consumir.

Por ejemplo, tenemos el consumo de sustancias (legales o ilegales) que han variado según las épocas, las modas y los avances científicos. Pero sabemos que también se consumen, vorazmente, las funciones que ofrecen los cuantiosos y cada vez más curiosos objetos que propone el mercado -siempre bajo el signo de la novedad inminente- cuya ambición es la de *ver y dar a ver todo* bajo la promesa implícita de que *toda imagen* puede ser captada *sin resto* y que “nada es imposible”. En una suerte de *satisfacción* *a la carta,* se promete contemplar los gustos y preferencias de un consumidor ideal, siempre ávido de nuevas imágenes.

Bajo estas coordenadas, nos resultó interesante pensar la articulación entre cuerpo, adicción, imagen y mirada. El abordaje de este último concepto por parte de J. Lacan nos permite ubicar una esquizia fundamental entre mirada y visión.

Mientras que esta última supone una relación natural con la realidad, pretendiendo que hay una percepción pura ­exenta de goce-, precisa y objetiva del mundo a través del ojo –humano o técnico-; la distinción de Lacan entre el campo de la visión y el campo escópico, revela cómo la pulsión se hace presente allí por intermedio de ese plus donde “algo se desliza, pasa, se transmite de peldaño en peldaño, para ser siempre en algún grado eludido- eso se llama mirada”[[3]](#footnote-3) propiciando una satisfacción singular, imposible de subsumir en cualquier lógica de mercado.

A partir de allí podríamos marcar un trayecto que va del imperio de las imágenes, al sujeto implicado en aquello que se desprende de la mirada como *plus* –de- gozar contenido en la imagen perceptiva.

En su texto “La imagen reina”, J.-A. Miller nos recuerda que estas imágenes no representan al sujeto pero se coordinan con su goce,[[4]](#footnote-4) y que si esas imágenes están bajo un imperio, ese es el imperio de la mirada que es propiamente “lo sin imagen”.[[5]](#footnote-5)

Se trata entonces de la extracción del objeto *a*, que se inscribe de un modo preciso en la función del espectáculo como *plus –*de- gozar visual y como mirada.

Retomando lo planteado por Miller en este texto se evidencia que la nueva teoría de la imagen propuesta por Lacan interroga el campo perceptivo a partir del deseo y del goce, y pone en escena la mirada como encarnación del objeto *a*.

En este punto, pensamos que el tratamiento de la imagen que hacen y que permiten hacer los medios de comunicación masivos y las redes sociales se puede resumir en un párrafo del texto de Mauricio Tarrab *El ojo bulímico,* “…la aridez de las selfies actuales, donde lo que se presenta es un "yo estoy aquí" patético, o un "yo estuve ahí" de la tontería prestigiante del turista, como diría P. Bourdieu, convertido en "disparador serial*".* Y agrega que “en el imperio de las imágenes se sustrae la experiencia del cuerpo de manera brutal”.[[6]](#footnote-6)

Aquí traemos a colación el texto de Byun-Chul Han *La sociedad de la transparencia[[7]](#footnote-7)* en el que hace un planteo interesante al explicar que las imágenes se vuelven transparentes cuando "liberadas de toda dramaturgia, coreografía y escenografía, liberadas de toda profundidad hermenéutica, de todo sentido, se vuelven pornográficas", reconceptualizando lo pornográfico como el "contacto inmediato entre la imagen y el ojo"; convirtiendo a cada sujeto en su “propio objeto de publicidad”.

Se trata del “cuerpo que se goza sin mediación, sin la mediación del otro que ve, aun cuando ese otro sea yo mismo.”[[8]](#footnote-8)

¿Cómo pensar, entonces, esta relación repetitiva, *adictiva* a las imágenes en nuestra época?

Referirse a la droga es considerar la presencia de una sustancia con efecto; y sustancia, en una de sus acepciones se define como aquello que constituye lo más importante de algo[[9]](#footnote-9), ligada a la forma y al cambio.

Cuando se esboza drogas e imágenes, ¿es hacer referencia a la imagen como droga?, ¿a la imagen como sustancia con efecto?

En esta dirección, J.-A. Miller plantea que *“*hoy, para calificar esta repetición de goce hablamos de *adicción*. La llamamos así precisamente porque no es una adición, porque las experiencias no se suman. Esta repetición de goce se hace fuera del sentido y genera la queja”[[10]](#footnote-10).

Se trata entonces de *la pura repetición*, de la reiteración del Uno del goce, de aquello que del goce más singular de cada analizante no produce sentido.

En relación a la repetición de este goce sin sentido, se introduce el concepto de iteración. Guy Briole[[11]](#footnote-11) indica que algo iterativo es algo más relacionado con el hecho de actuar de una manera repetida, un hacer del que nada se puede decir. Por otro lado, Miller[[12]](#footnote-12) plantea que Lacan en el Seminario 20 nos recuerda el estatuto de aquella sustancia gozante que pertenece a un registro por completo diferente ya que viene a quedar asignada al cuerpo, pero a condición –dice Lacan– de que se defina sólo a partir de *lo* *que se goza*. Es decir que ese cuerpo al que nos referimos no se define por la imagen, como el cuerpo del estadio del espejo, ni por la forma... Tampoco se define como ese que goza, sino como eso que *se goza,* resaltando el valor que implica aquí su conexión con la sustancia ya que se trata de un cuerpo que goza de sí mismo.

Por lo tanto, cuando hablamos de los “nuevos adictos” ¿acaso no nos referimos a la re-iteración del Uno del goce, cada vez única, aislada, imposible de ser enlazada a otra?

En su conferencia “Mi cuerpo y yo”[[13]](#footnote-13), Graciela Brodsky nos recuerda que “La imagen es un tratamiento del goce y de la castración, en tanto da unidad, marco, límite; civiliza el goce a través de la ilusión del dominio del yo... Pero, al mismo tiempo es esa la paradoja en la que vivimos, especialmente en nuestro mundo de hoy… esas imágenes que por un lado tienen un efecto de enmarcar, de civilizar ese goce del cuerpo, también tienen de retorno un efecto de goce sobre el cuerpo. En la dialéctica del espejo no solamente entra en juego el aparato simbólico representado por el espejo; además está el cuerpo. Está el soporte simbólico de la imagen, pero hay algo más de lo que no nos tenemos que olvidar: está "la mirada" y está "el ojo".” Agrega además, que “en ese goce que llamamos júbilo, que surge de la contemplación de la imagen, lo que pasa desapercibido es que ese júbilo requiere del ojo, que en el estadio del espejo constituido, el goce que antes era un goce del cuerpo se centra en un órgano del cuerpo, ya no en todo el cuerpo… sino en un órgano glotón que es el ojo mismo, que se satisface con la imagen. Satisfacerse, gozar de las imágenes, parece ser un rasgo de la época en la que vivimos”.

Ojo y cuerpo. Cuerpo que no es sólo una forma que dobla el organismo, ni aquel cuerpo hablado e incorporado a través de los significantes que el sujeto toma del Otro. *Es el cuerpo afectado del goce* que produce el significante cuando no está produciendo sentido. Goce que, articulado al imperio de las imágenes, lleva a cabo una doble operación. Por un lado, la adición –adictiva- del cuerpo del usuario a ese imperio y, por otro lado, una sustracción del cuerpo del otro. El resultado es un contacto sin mediación entre la imagen y el ojo, quedando el ojo en tanto encarnación del objeto *a* que se nutre del desfile rápido e infinito de las imágenes desarticuladas de una matriz simbólica. Imágenes que, no sólo nos vienen de los medios (virtuales, escritos, publicitarios o no, cinematográficos, etc.) sino que vienen de cada uno de nosotros cuando las producimos y ponemos en circulación (redes sociales).

¿Queda, acaso, algún campo de la actividad humana cuyo tratamiento de las imágenes se distancie de esta modalidad de goce?

Pensamos que en el campo del arte contemporáneo encontramos un tratamiento distinto de las imágenes. Recordemos que el criterio para determinar lo contemporáneo no es estético ni cronológico. Lo contemporáneo se caracteriza por romper con los academicismos y por dejar de guiarse por preceptos como originalidad y novedad. Más que reforzar el mito del artista como un “ser superior” o de promover el recelo por la autoría única, el arte más actual busca ubicarse en la periferia del mercado, y el rol del espectador y la activación del espacio público real o virtual están en el centro de sus propuestas.

Aún, y a pesar de que el arte actual usa las imágenes como medio, su materia prima es otra. Es el goce opaco del síntoma del artista –el artista siempre habla en primera persona-, lo que permite que las imágenes tengan otro carácter ontológico al de las imágenes en los medios masivos y las redes sociales. Ontología imaginaria pero al fin al cabo diferente.

La imagen en el arte no intenta decirlo todo y es por eso que preserva la posibilidad del deseo. No recubre lo real, lo bordea. Es humanización del deseo.

Todo esto sólo es comprobable retroactivamente -cualidad del arte actual. Una propuesta artística pasa de ser una mera acción a ser una obra de arte cuando una a una se verifica *après-coup* si dicha acción se elevó, gracias al escabel, a la dignidad de la cosa. En ese punto es en el que el arte actual es ruptura que desata reflexión en el espectáculo pornográfico del imperio de las imágenes.

Punto que sólo se percibe si se sabe notar la diferencia entre arte y espectáculo. Diferencia tan sutil como aquella a la que alude George Didi-Huberman[[14]](#footnote-14) en su texto *La imagen arde*: existe el cazador de mariposas que se aferra a la erudición, colecciona, vive en el olor del éter, clasifica, se vuelve experto, *posee* las imágenes; y existe aquél que admira en la mariposa aquello que se le escapa, aquello que por el aleteo es imposible de fijar. Este es el que capta que cuando aquella imagen en movimiento se acerca mucho a la llama, lo que queda es *un minúsculo copo de ceniza.*

Para el caso basta leer la declaración de un artista sobre su cuerpo de obra, siendo ésta un espacio de intimidad absolutamente original, un espacio éxtimo.

Tomemos este concepto de lo éxtimo y diferenciémoslo de lo *Unheimlich.* Ambos guardan una cierta relación a través del objeto *a*. Por un lado, lo *unheimlich* es la angustia que surge cuando cualquier cosa aparece en el lugar donde debería aparecer el vacío y es al colmar ese vacío que se pasa de la angustia a la experiencia de *inquietante extrañeza*.

En lo éxtimo se preserva el vacío colocando velos imaginarios que lo evocan sin colmarlo y, más bien, dando lugar a una experiencia de una intimidad que queda excluída desde el interior mismo.

En cuanto a lo que atañe a las imágenes, éstas se vuelven objetos señuelo cuyo efecto puede inclinar la balanza del lado de *lo unheimlich* o del lado de lo éxtimo. El punto de quiebre es si esa imagen se le presenta al ser hablante *de repente* y pulverizando la ficción de unidad del cuerpo e invadiéndolo de angustia; o si esa imagen, en tanto señuelo, contornea el vacío de *Das Ding*, preservándolo. Ese punto de quiebre lo determina el objeto *a*. En el caso de lo unheimlich, la angustia sobreviene porque ha habido un encuentro sin mediación con el objeto *a*, objeto que por definición es sin imagen. En lo éxtimo, el objeto del que se trata es un objeto imaginarizado preservando en cualquier imagen esa ausencia, ese vacío. Es la vasija de Heidegger, y es a lo que aspira todo artista cada vez que crea una pieza.

Llegado este punto, y trasladándonos al terreno de la clínica analítica, nos preguntamos cómo alojar a ese *parlêtre* que se desvive por poseer la imagen. Ese que se ubica en un “eso goza” más que a un “eso habla”.

En esta vía, retomamos lo planteado por Miller en “El ser y el Uno” en torno al concepto de adicción, para articularlo a la siguiente pregunta ¿podríamos afirmar que a ese goce que afecta a todo *parlêtre*, en el caso de los “nuevos adictos” se les viene a agregar una cuestión suplementaria a partir de su relación a los nuevos consumos de objetos productores de imágenes?

Tomemos, por ejemplo, el caso de los llamados *selfieadictos* y de las famosas *selfies*, ¿qué estatuto darle a estos retazos visuales que, extraídos de la vida privada de alguien y hechos de *selfies* sexuales, profesionales, familiares, amistosas, turísticas, deportivas, o gourmet, parecen permear los lazos actuales?

En este contexto, además, queda en evidencia la proliferación de la clínica de los trastornos, la tendencia imparable hacia la clasificación de toda conducta repetitiva que resulta disfuncional para el entorno, y su posterior tratamiento farmacológico, que permiten ubicar cómo el concepto de *adicción* -articulado al par intoxicación/desintoxicación- referido aquí al uso de objetos tecnológicos productores de imágenes, se filtra nuevamente como un significante muy propio de la época en tanto parece válido para describir algo innombrable cuando no se puede escuchar otra dimensión de los hechos, cuando se elimina lo subjetivo en juego en este tipo de prácticas.

En ese sentido, resulta llamativo el modo en que para otros discursos se intenta tratar el exceso, la dependencia, la llamada *adicción*, mediante la sugestión, por la vía del sentido y desconociendo lo pulsional en juego, pues los llamados métodos de *desintoxicación tecnológica* no hacen más que reforzar la idea de que *lo tóxico* es un producto palpable (es el caso del iPhone) y que, efectivamente, alejando al consumidor del objeto consumido, enseñándole a vivir sin ese elemento nocivo, removiéndolo progresivamente del entorno del *adicto* mediante un programa de condicionamiento, se llegaría a lograr una abstinencia satisfactoria y un éxito en la cura.

Sabemos, desde Freud en adelante, que esta no es más que una ilusión vana…

En el mundo actual es innegable que la fascinación por la imagen ha cobrado todo su protagonismo y que las consecuencias de este hecho permean de manera diversa la práctica del psicoanálisis en el siglo XXI.

En este contexto, creemos que además se trata de hacerse oír… de poner en marcha la acción lacaniana en cada ámbito donde ejercemos nuestra práctica y donde sabemos que abundan muchas ofertas que, al estilo del mercado global, no dudan en ofrecer múltiples abordajes para la problemática de los consumos pero desde una perspectiva universal y aboliendo la particularidad del caso por caso.

Y allí nos preguntamos sobre cómo lograr pasar de la iteración –pura adicción, sin ley- a la vía del lazo, para intentar que algo *de eso que se impone sin límites*, pura satisfacción autoerótica y solitaria llegue a poder pasar por el Otro.

Recordábamos entonces, aquello que ya planteaba J.-A. Miller hace unos años cuando decía que “en el fondo, el analista debería ser un *dealer* de la droga de la palabra”.[[15]](#footnote-15)

Si la política del psicoanálisis es la política del síntoma, pensamos que esa sigue siendo nuestra brújula, una apuesta posible y absolutamente vigente para nuestra época cuando, frente al empuje al exceso, se produce alguna vacilación fantasmática para el sujeto, cuando la angustia emerge, cuando la droga falla…

Será esa la oportunidad para que cada practicante del psicoanálisis, orientado por su deseo, dé lugar a que *algo hable allí*, en cada *parlêtre*, cuando su relación a las imágenes pierda aquel poder de fascinación, adictivo, para *ese* consumidor.

Será la oportunidad entonces, de acoger *otra demanda* para los “nuevos adictos”.

1. Freud, S., “El malestar en la cultura”, Amorrortu, Buenos Aires, 1988, pág.78 [↑](#footnote-ref-1)
2. Laurent, E., “La aurora del síntoma”, *“Ciudades analíticas*”, Tres Haches, 2004, pág. 136. [↑](#footnote-ref-2)
3. Lacan J., *El Seminario, libro XI, Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*, Buenos Aires, Paidós, 1991, p. 21. [↑](#footnote-ref-3)
4. Miller, J. A., “La imagen reina”, Elucidación de Lacan, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1998, p. 583 [↑](#footnote-ref-4)
5. Ibid., p.584 [↑](#footnote-ref-5)
6. Tarrab, M., “El ojo bulímico y el lobo”, http://oimperiodasimagens.com.br/es/faq-items/el-ojo-bulimico-y-el-lobo-mauricio-tarrab/ [↑](#footnote-ref-6)
7. Han, Byung-Chul, La sociedad del cansancio. Colección Pensamiento Herder, Alemania, 2012. [↑](#footnote-ref-7)
8. Miller, J.-A., Curso de la Orientación lacaniana, “El ser y el Uno”, clase del 4 de mayo de 2011, inédito [↑](#footnote-ref-8)
9. Diccionario. Real Academia Española. [↑](#footnote-ref-9)
10. Miller, J.-A., Curso de la Orientación lacaniana, “El ser y el Uno”, clase del 23 de marzo de 2011, inédito [↑](#footnote-ref-10)
11. Briole, G.,“Reseña de puntos de capitón de las intervenciones de Jacques-Alain Miller en el Parlamento de Montpellier y de dos orientaciones en su curso “El ser y el Uno” [↑](#footnote-ref-11)
12. Miller, J.-A., Curso de la Orientación lacaniana, “El ser y el Uno”, clase del 23 de marzo de 2011, inédito [↑](#footnote-ref-12)
13. Brodsky, G., “Mi cuerpo y yo”, http://www.nel-mexico.org/index.php?sec=Conferencias-y-Mesas-redondas&file=Conferencias-y-Mesas-redondas/2015/15-02-20\_Mi-Cuerpo-y-Yo.html [↑](#footnote-ref-13)
14. Zimmermann, L., Didi-Huberman, G., et al. Penser par les images. Autour des travaux de Georges Didi-Huberman. Editions Cécile Defaut, Nantes, 2006, pp. 11-52. [↑](#footnote-ref-14)
15. Miller, J.-A., “Para una investigación sobre el goce autoerótico”, Sujeto, goce y Modernidad, Atuel T y A, Buenos Aires, 1993, p.20. [↑](#footnote-ref-15)